

Interacción Social y Educación

Por Romano BARRETO.— Colaboración Especial para el Número Conmemorativo del Vigésimoquinto Aniversario de la Revista Mexicana de Sociología, vertida del portugués por Oscar Uribe Villegas.

SE llama interacción a la acción de cualquier cuerpo sobre otro, que provoca una reacción que actúa sobre el primero y le produce alteraciones. La interacción social difiere de la interacción mecánica porque, en cuanto responde de los fenómenos asociativos y disociativos, o sea, por los fenómenos que constituyen el objeto de la Sociología, se caracteriza no sólo por la simultaneidad, sino también por la falta de equivalencia cualitativa.

Algunos sociólogos prefieren hablar de “resonancia social” en vez de hablar de “interacción social”. En el caso, sin embargo, se trata de una resonancia diversa de la física, pues representa un proceso activo y no un simple reflejo a la manera de la reacción mecánica. La resonancia social constituye, así, una manifestación de la persona a quien se dirige alguien. La expresión dirigida es aceptada con toda la personalidad, adaptada y externada en la adaptación. Lo interesante es que eso no se produce posterior sino concomitantemente con la expresión primitiva.

A semejanza de las ciencias en general —que tratan de las cosas en su cambio continuo en una dirección definida— la Sociología estudia los procesos sociales; o sea, que observa la mutación de las cosas sociales que surgen y desaparecen, que se integran y desintegran, que se estabilizan o se vuelven inestables.

El proceso fundamental es el de la *interacción social*. Es por intermedio de ella, o sea, de las relaciones sociológicas, como los individuos,

sea que vivan en estrecha proximidad física, en relaciones espaciales, o sea que estén alejados unos de otros, llegan a constituir grupos sociales. Los grupos sociales se caracterizan por las interconexiones que ligan a los individuos, sin que importe la distancia geométrica que los separe. De este modo, podemos decir que los grupos sociales se forman y desaparecen según que exista o no la *interacción social*. Simultáneamente, las sociedades se mantienen o se desintegran. Es, asimismo, por intermedio de la interacción social como se forma la cultura; esto es, como se crea, para cada pueblo, un sistema de modos de actuar, sentir y pensar; un sistema de juicios de valores, de conocimientos y de instituciones y organizaciones sociales; esto, en concepto de Malinowski,¹ aunque tenga su origen en la satisfacción de las necesidades biológicas, es algo que “por su misma naturaleza, transforma al hombre en algo esencialmente diferente del mero organismo animal. El hombre tiene sus necesidades como creatura que fabrica y usa instrumentos, como miembro participante y hablante de un grupo, como guardián de una continuidad tradicional, como unidad operante dentro de un conjunto cooperativo de hombres; como alguien que está perseguido por el pasado o ligado por lazos afectivos a él; como alguien a quien los acontecimientos futuros llenan de esperanzas e inquietudes y, finalmente, como alguien a quien la división del trabajo y las provisiones para el futuro han proporcionado ocasiones y oportunidades para gozar del color, la forma y la música”.

Es a través de la interacción social como se forman e integran las personalidades; esto es, cómo cada ser individual se combina con el ser social y es reclamado, a cada instante, por la sociedad. La interacción social presenta formas específicas, de las cuales la más importante, para quienes debemos cuidar de la educación, es la socialización.

Donald Pierson define la socialización como el proceso por el que un niño se incorpora a su grupo social, asumiendo las actitudes, sentimientos y formas de conducta que lo caracterizan, sometiéndose al control de las expectativas de comportamiento del mismo a través de su *propio ser (self)*.² Giddings define la socialización como “la eliminación de los factores impropios para la vida en común”. L. von Wiese explica la socialización como el proceso más intenso de integración, del que resulta un fortalecimiento de la solidaridad y la cohesión y, finalmente, una cooperación espontánea.³

¹ *Sociología*. Vol. 1. Núm. 1. p. 108.

² “*Theoria e Pesquisa em Sociologia*”, p. 457.

³ En “*Diccionario de Etnología e Sociologia*”, de H. Baldus y Emilio Willems.

Estas y otras definiciones se asientan en el supuesto previo de que el grupo social precede al individuo. En realidad, cada individuo nace en un grupo social, cuya vida es un complejo de actitudes e ideas, de objetivos y creencias, de aspiraciones y conocimientos, de hábitos de proceder, pensar y actuar, todo lo cual forma su cultura. Esas cosas son comunes a todos los elementos del grupo social, por lo que éste se presenta como un todo armónico, equilibrado. El individuo que surge apenas si tiene instinto de sociabilidad y de personalidad —expresiones complementarias de su naturaleza humana. Es por intermedio de la *interacción social* como, a los pocos años, va asumiendo las actitudes, sentimientos y formas de conducta que caracterizan al grupo social; es por la interacción social como en él el sentimiento del Nosotros, substituye poco a poco el del yo, y surgen la capacidad y la voluntad de cooperar. Es por medio de ellas como se dan los procesos adaptativos, que se convierten, para los individuos, en armas interiores de defensa contra los actos anti-sociales; contra los actos que atentan contra su grupo y contra todos los grupos que integran una sociedad.

El individuo, en su desenvolvimiento —o sea, en contacto primario, directo, con los miembros de los grupos sociales a que pertenece— es vigilado y señoreado por todos, por lo que cada gesto, cada palabra, cada actitud, cada acto, cada manera de pensar, sentir y actuar, recibe aprobación o reprobación, esto es, coadyuva al establecimiento de su conducta que, entonces, se forma de comportamientos aprobados, con exclusión de los que fueron censurados, reprobados o impedidos. Es en ese contacto primario como el individuo va asumiendo, poco a poco, el papel de quienes le rodean, llegando, en mayor o menor grado, a obtener la capacidad para colocarse en lugar de otros, de sentir lo que los otros sienten, de verse a sí mismo, de ejercer sobre sí mismo vigilancia y dominio que no son sino el conjunto de fuerzas espirituales que estimulan, o restringen o, incluso, cercenan las actividades humanas, regulando la conducta de los individuos, de los grupos sociales, de la propia sociedad.

Es la *interacción social* un proceso de integración del cual resulta, en su forma característica, la socialización, el fortalecimiento de la solidaridad, que se basa en el instinto de ayuda para una cooperación espontánea.

Y la socialización, en cierto modo, es educación. Educado se llama al individuo socializado. En realidad, si por la *interacción social* un individuo se incorpora a los grupos sociales (organizados a manera de la sociedad que los contiene) y es capaz de las mismas actitudes, senti-

mientos y formas de conducta que caracterizan a esos grupos sociales, podemos decir que está socializado o educado.

La comunicación también es, en cierto modo, socialización. Como ésta, es uno de los procesos específicos de *interacción social*. En la sociedad, según afirma John Dewey,⁴ los hombres poseen en común objetivos, creencias, aspiraciones, conocimientos. Y esas cosas sólo pueden ser comunes a todos los componentes de una sociedad, por medio de la comunicación. De ese modo, la comunicación es la propia vida social, o se identifica con ella, volviéndose, por ello, educativa. Es por la comunicación como la sociedad continúa existiendo, e incluso la sociedad es una comunicación de hábitos de actuar, pensar y sentir que los más viejos transmiten a los más jóvenes. En un sentido por lo menos, la comunicación es socialización. Dewey concibe también la educación como fenómeno directo de la vida, tan ineluctable como la propia vida. De ese modo, el fin de la educación se identifica con los medios; esto es: el resultado de la educación se identifica con el proceso educativo, así como los fines de la vida se identifican con los procesos de vivir.

El hombre no es sólo vida biológica, sino vida social y de pensamiento. Gracias a su vida en común, a su naturaleza social, se eleva del orden biológico al espiritual.

Es cierto que los seres humanos también pertenecen al mundo físico. Son, en último análisis —nos dice Donald Pierson⁵— compuestos de elementos físicos. Pero, continúa el sociólogo, pertenecen también a los mundos biológico y social; esto es, la interacción de sus partes es tal que no surgen sólo consecuencias físicas, sino también biológicas y sociales de los mismos. En otras palabras, la interacción de las fuerzas características de los seres vivos produce crecimiento, reproducción, personalidades, sociedades y culturas.

De ahí que el proceso de *interacción social* adquiera ciertas formas específicas: desde la competencia que produce distribución en el espacio y distribución ocupacional a comunicación de la que resultarán actitudes y comprensiones comunes; conflictos cuya característica principal es la lucha por la posición (*status*) del individuo en el grupo; adaptación o, mejor aún, acomodación, como medio de establecer y mantener el equilibrio entre los individuos y el medio ambiente; socialización, en fin, que, en último análisis, es educación.

⁴ "Vida e Educação". John Dewey. Trad. de Anísio Teixeira.

⁵ "Teoria e Pesquisa em Sociologia" de Donald Pierson. Edições Melhoramentos. São Paulo, Brasil.

El proceso fundamental es el de la *interacción social*. Es por medio de la *interacción social*, bajo sus formas específicas, como los individuos se vuelven personas; como las personas se integran en los grupos sociales y las culturas se producen, se acumulan y transmiten, garantizando la perpetuidad de los agrupamientos sociales mayores, de las sociedades.

Por tanto, es por medio de la *interacción social* como el individuo se humaniza; es por intermedio de ella como la naturaleza se desenvuelve. Es esa *interacción social*, en la primera fase de la vida, la que se realiza en los grupos sociales primarios y la que es de importancia capital en la formación de las personalidades. El ser humano, por la *interacción social*, en los grupos primarios, se va combinando, principalmente, con el ser social; de donde resulta la personalidad.

En realidad, es en el grupo social primario, que es la familia, en donde nace el niño, y en él, poco a poco, gracias a los contactos directos, emocionales, a las relaciones íntimas y personales, ve que se va desenvolviendo su capacidad de asumir los papeles de los otros. Es con mayor intensidad en ese grupo social básico, existencial, en donde se encuentra el amor en mayor cantidad y pureza; la dedicación ilimitada, el afecto en su más alto grado, la sinceridad, la lealtad. Es en la familia, donde conocemos, en la infancia, las primeras impresiones de la vida social.

Todas las instituciones sociales tuvieron su nacimiento en la familia. Si de ella se han ido desligando, como efecto de la división del trabajo y de la diferenciación de funciones, en ella está aún el germen de todas y cada una. La contribución de la familia a la educación se manifiesta de dos modos: 1º de modo intencional, en cuanto su contribución es dada por medio de reglas de civismo, entrenamiento para la vida del hogar, lectura apropiada, religión practicada en casa, educación sexual y moral, juegos y diversiones, e industrias domésticas.

La familia, de todos los grupos sociales, es aquel en el que se practican más intensamente y con más frecuencia todas las actividades sociales elementales y, por eso mismo, es portadora de cultura y trasmite a las nuevas generaciones conocimientos, costumbres, ideas, tradiciones; dado el estrecho contacto existente entre los miembros que la componen. Dada la interrumpida interacción social que la tiene en actividad constante, es ella una fuente de estímulos cuyas reacciones forman la experiencia de la que resulta la educación; es ella el ambiente de la educación, directa e indirecta, porque son prerrogativas suyas la educación moral, la religiosa, la profesional; la educación, en fin, en el sentido de socialización. Y es también la familia el ambiente propicio para la reeducación de los adultos.

Apenas si el niño ensaya sus primeros pasos y ya se va poniendo en contacto con los miembros de otros grupos sociales primarios: los vecinales. Las pequeñas ciudades, las villas y aldeas y, en menor escala las grandes ciudades, son sitios en los que los vecinos mantienen, unos con otros, contactos directos, personales, íntimos, espontáneos; y todos esos grupos más amplios, pero de contactos directos y completos, comparten la totalidad de las experiencias de cada uno, lo que quiere decir que asumen, unos y otros, los papeles atribuidos a todos.

Y no tarda el momento en que el niño pasa a participar de otro grupo social primario: el de recreación, el grupo de juego. Y, en sus travesuras, en sus juegos, tiene ocasiones para practicar la solidaridad, el respeto a las reglas de la actividad conjunta; ocasiones para realizar un esfuerzo individual en beneficio del grupo; para practicar la disciplina consciente, el valor, la iniciativa; oportunidades para la tolerancia, para la decisión, para el castigo del agresor; ocasiones para otorgar su aplauso al valeroso; para la fijación de reglas y el establecimiento de penas para quienes se levantan contra de ellas; para el respeto a los adversarios, como reconocimiento de sus méritos.

Y, todo eso, es educación cívica, educación moral, educación intelectual. Pero, al lado de todo ello, no olvidemos cómo gana el cuerpo en eficiencia física; cómo el niño gana en robustez orgánica; cómo se practica, por parte de los propios niños, la educación física.

En esos grupos sociales primarios es donde la asociación es más íntima; la interacción social más intensa: su actividad consiste en interactuar y esto es educar.

En los grupos sociales de recreación es donde los individuos, al lado de la diversión, encuentran, en juegos de toda especie, los primeros obstáculos para su libre expresión y acaban por aprender tanto a perder como a ganar, a derrotar como a ser derrotados; a dominar y a ser dominados; a respetarse, finalmente, por el respeto que llegan a tener por sus competidores.

En los grupos sociales vecinales, la educación prosigue. Al salir de la familia, el individuo *entra* en la sociedad, por medio de los grupos vecinales y de recreación, los cuales lo socializan tanto como la familia. Esos grupos sociales son portadores de costumbres y de tradiciones y, en ellos, el niño, como el adolescente, aprende su lengua así como su religión, y adquiere los conocimientos fundamentales y las creencias colectivas. La ayuda mutua, el sacrificio, la simpatía, la fraternidad humana, el sentimiento colectivo, son, todas, cosas que tienen por origen esos grupos, que —pequeños en cuanto a la cantidad de individuos, en

un espacio territorial exiguo y delimitado— ponen a sus integrantes frente a frente, en contactos directos, inmediatos, en una intensa interacción social.

El hombre es una totalidad. Lo biológico, lo psicológico y lo sociológico se han separado sólo por motivos didácticos. Y, la supremacía de cada una de las partes que integran la personalidad, apenas sí se ha sostenido por el imperio de corrientes filosóficas más o menos apasionadas.

La educación toma en cuenta la personalidad integral del hombre. Las denominaciones “educación física”, “intelectual”, “moral”, “religiosa” y otras apenas si son exigencias de la técnica, pues o la educación es una o no existe. La educación es fenómeno social; se desprende, naturalmente, de la propia sociedad, sea civilizada, sea preletrada. Y los que, en el terreno de la ciencia, observan a los hombres, los grupos sociales, las sociedades, sin prejuicios y con verdadero espíritu científico, constatan que el juego, la diversión, el ejercicio es, desde el principio, el instrumento puesto en nosotros por la naturaleza para que sirva de estímulo a las fuerzas que realmente nos educan y re-educan. El brinqueteo inicia a todo animal en su desenvolvimiento natural.

La educación es adaptación, es comunicación, es socialización. Hay educación incluso donde no se sospecha su existencia: en las sociedades naturales. Y en las sociedades civilizadas como la nuestra, al lado de la educación oficial, consciente, sistemática, hay educación a base de todas las actividades sociales: la inconsciente, la difusa, pues se educan los individuos en la calle, en los transportes colectivos, en el cinematógrafo, en el teatro, en el almacén comercial, en el bufete, en el balcón, en la fábrica, en la iglesia, en el cortejo fúnebre, en la procesión... Y por doquier los niños se ponen en interacción, surge el brinqueteo, aparece el juego, imperan las manifestaciones físicas, que patentizan, en la turbulencia propia de la edad, no la preparación que hacen esos seres en desenvolvimiento, para la vida, sino la propia vida en sociedad. Es la naturaleza la que agita al organismo para su crecimiento, pero para un crecimiento que no es únicamente físico.

El hombre, desprovisto de cuanto le ha dado la vida en sociedad, es sólo un bruto, conforme ya lo afirmó E. Durkheim. Y la sociedad le ha dado todo, razón por la que es una persona. Entre todas las cosas que le dan personalidad, están las que preservan su salud y la salud de los grupos sociales a los que pertenece; las que conservan la integridad física y espiritual. La muerte precoz es de aquello que más puede atentar contra la vida de las colectividades.

El ser individual no se hace persona sino porque es socializado por los grupos sociales, por intermedio de la interacción social. Si la personalidad es la combinación del ser social y del ser individual, y si el ser social está representado en cada época por un tipo ideal que la sociedad crea siguiendo su economía interna, vemos, por otra parte, la importancia del ser individual en lo que se refiere a lo físico y a lo psíquico.

La educación —que en cierto modo es forma de interacción social porque es comunicación porque es socialización —jamás podrá depreciar la salud, el vigor en lo físico, pues es proceso integral en la misma forma en que el hombre es una totalidad.

Si el hombre no es sólo un organismo biológico que nace y se desenvuelve y se reproduce y muere, sino un elemento activo de los grupos sociales, de los cuales recibe carácter por la posición y los papeles que desempeña y si, por su naturaleza social, su vida es la vida de los grupos sociales en la misma forma en que la de éstos depende de la suya, percibimos mejor que su salud no es una resultante exclusiva de su organismo, ni sólo del medio físico, sino también del medio social en que vive.

Cada uno de nosotros es un individuo y una persona. Viene cada uno de nosotros al mundo como un mero organismo bio-psíquico y, después, por la posición que va tomando en los grupos sociales que integran a las sociedades; en virtud de las relaciones que mantiene con otros miembros; a través de la competencia y del conflicto —que son formas de interacción social— y por las atribuciones que desempeña, se va convirtiendo en una persona. Y como personas nos consideramos en la sociedad de la que formamos parte.

La interacción social lleva a la educación, y la educación perpetúa la cultura, única razón de ser de la sociedad.